

Benicio Malicio

El día más afortunado

Cecilia Pisos

Ilustraciones de Lucía Miranda



loqueleo

Benicio Malicio

El día más afortunado

Cecilia Pisos

Ilustraciones de Lucía Miranda

loqueleo

*Para mi perro Beto,
que escribía conmigo todas las tardes.*

El *amico* Benicio

—¡Benicio, Benicio,
vení y hacete *amico*!

7

El cantito le llegaba a Benicio, repetido en el aire del mediodía, y le pasaba directo de los oídos, que le zumbaban, a la panza, que le gruñía, y de la panza que le gruñía, al corazón, que le latía más fuerte y le teñía las mejillas de colorado hirviendo.

Otra vez a la salida. Detrás de las palabras cantadas venían los mismos molestos de siempre: tres chicos y una chica. De su escuela. De su grado. ¿Qué les había hecho él? Benicio se sacó el guardapolvo y lo guardó

hecho un bollo adentro de la mochila. No le quedaba otra que correr.

Corrió la primera cuadra y cruzó. ¡Zafó! Corrió la segunda cuadra y cruzó. ¡Zafó! Corrió la tercera y ahí tuvo que detenerse. Era la avenida, y el hombrecito del semáforo estaba tan rojo como su cara, aunque completamente quieto.

Eso les dio ventaja a los *amici*os que habían corrido como él, una, dos y ya iban por la mitad de la tercera cuadra.

“¡Ponete verde, ponete verde!”, le gritaba Benicio al hombrecito. Los autos de la avenida eran muchos e iban rapidísimo y él le había prometido a su mamá hacerle caso al semáforo.





BENICIO, BENICIO,
VENÍ Y HACETE AMIGO

Los chicos que lo perseguían no eran pocos y, encima, ya no tenía nada para darles:

10



NI EL SÁNDWICH
DEL RECREO,
COMO EL LUNES.

NI LA PILA DE
FIGURITAS REPES,
COMO EL MARTES.



NI SU LUNCHERA,
COMO EL MIÉRCOLES,
CUANDO TUVO QUE
DECIRLE A SU ABUELO
QUE LA HABÍA PERDIDO.

NI MENOS QUE MENOS
EL SÁNDWICH DEL
RECREO LARGO,
DEL QUE NO PUDDO
COMER NI UNA MIGA.



—¡Benicio, Benicio,
vení y hacete *amicio*!

Hasta las hojas de los árboles temblaban con esa canción falsa y caían de golpe formando una montaña de miedo crujiente.

Benicio vigilaba. Descubrió que entre él y los chicos pasaba una hilera de hormigas. Formaban una línea de puntos. ¡Si tan solo se pudiera doblar la tierra en dos, y él quedara del otro lado!

11

De pronto, el ojo de Benicio que vigilaba el semáforo le avisó: “¡Verde! ¡Cruza!”.

Apenas lo hizo, Benicio empezó a pedirle al hombrecito todo lo contrario: “¡Ponete rojo! ¡Te tiene que dar vergüenza ayudarlos! ¡Son muchos contra uno!”.

Si atravesaba el parque, que era bastante largo, al otro lado podía cruzar y llegaría a casa. A salvo. Solo que tenía que correr más

rápido que los cuatro, que ya estaban al borde de la avenida, y se detuvieron un segundo para volver a amenazarlo antes de avanzar:

—¡Benicio, Benicio,
vení y hacete *amicio*!

12 A Benicio no le arrancaban los pies del miedo que sentía...

En eso se oyó un ladrido, bajo, rápido y movedizo, y peludo y negro, como un perro con cara de malo y minicolmillos filosos. Benicio pudo ver que, aunque pequeño, valía por cuatro: apenas alguno de los chicos intentaba avanzar, se le cruzaba, y luego se le cruzaba a otro, y a otro, y al final la hizo tropezar a la única chica del grupo. El perro los gambeteó hasta que el hombrecito decidió poner algo de su parte y cambió de color.

Entonces sí arrancaron los pies de Benicio, que atravesó todo el verde del parque en

pocos minutos, y cuando llegó a la otra punta, antes de cruzar a su casa, decidió tirarse en el pasto para calmarse un poco. Cerró los ojos mientras se aquietaba su corazón. Y de pronto...



13

... algo cayó sobre su panza.

El PAF

¿El PAF que aterrizó en la panza de Benicio
cayó pesado como el PAF de una piedra? 15

No, llegó de sorpresa, pero era superliviano.

¿El PAF de la panza de Benicio era liso
como una pelota?

No, tenía como unos pirinchos que le
hacían cosquillas.

¿El PAF de la panza de Benicio se quedó
ahí nomás, quieto?

Solo por un instante, porque enseguida saltó,
se paró en dos de sus cuatro patas, sacó
pecho y, con una reverencia, se presentó:

—Hola, Benicio. Soy un perro amistoso
y feroz.

“¡Eso era el PAF!”, pensó Benicio y se rio. Un poco nervioso, eso sí, porque, ¿cómo podía ser que un perro hablara en vez de ladrar? ¿Acaso al tirarse al pasto se había dado un golpe en la cabeza? ¿Estaba soñando?

16 Nada era seguro, porque el PAF ya no habló más, pero se acostó a su lado, panza arriba, y cerró los ojos. Y ya se sabe que, cuando un perro toma esa actitud, lo que está esperando son unas rascaditas. Y también se sabe que, en cuanto se empieza a rascar la panza de un perro, el que se tranquiliza es uno mismo.

Así que Benicio se puso a acariciarlo y, de paso, aprovechó y le dio las gracias:

—¡Menos mal que te diste cuenta de que había que hacer tiempo para que cambiara el semáforo! ¡Me salvaste!

El perro estaba muy concentrado en los mimos. Nada de dientes como antes. Una

dulzura. Más amistoso que feroz. Benicio creyó que se había imaginado su presentación.

17



De pronto, el pequeño animal se puso en cuatro patas y una de sus orejas, como de peluche, se paró (la otra le quedaba caída). Olfateó dos veces y salió corriendo en dirección a un arbusto cercano.

18 Benicio lo siguió. En un segundo quedaron protegidos en una caverna verde de hojas fresquitas. Y dos segundos después vieron detenerse frente a su escondite cuatro pares de pies.



Y se dejaron oír cuatro voces diferentes:

—Ya habrá llegado a su casa, ¡vamos!

—Mañana lo corremos de nuevo. El semáforo nos frenó...

—¡No! Fue ese perro loco el que nos paró...

—No importa, mañana lo seguimos más de cerca. Y, si aparece el perro loco, lo pateamos a un costado. 19



Cuando se oyó nombrar, el “perro loco” casi se sale de la protección del arbusto. Menos mal que Benicio lo abrazó fuerte.

20 Cuando las zapatillas (y sus pies y sus dueños) se alejaron, Benicio lo soltó y, entonces, el perro se paró en dos patas y le habló otra vez. Con una voz tan gruesa que no parecía la de un animal pequeño:

—Vos sos nuevo en el barrio, Benicio. Te estuve observando estos últimos días, y llegué a la conclusión de que estás en problemas. Tenés que aprender a cuidarte. No podés seguir así.

Benicio abrió los ojos, grandes como dos platos, hondos como dos platos de la sopa que ya quería estar tomando. Grandes, hondos y redondos, de la forma exacta del asombro.

¿Ese perro entonces sí hablaba?